

muta. Las palabras siguientes se dirigen a la tribuna pública.

—Pero puede haberla, responde. No toda revolución tiene que ser violenta. Aquí en Venezuela, ahora que el gobierno constitucional comienza sus funciones y las leyes se discuten en este Congreso. No se debe dejar morir el espíritu de la revolución, el espíritu del pueblo.

Reanuda el hilo de su pensamiento:

—No merecen tener patria los hombres que la han esclavizado. No pueden tenerla porque si alguien les espera es para juzgarlos... Hermanados como están estos pueblos, la gigantesca manifestación de anoche constituye para nosotros el mejor respaldo moral que podemos obtener en un instante en que se teje alrededor de nosotros la más infame de las intrigas internacionales. Cuando los cubanos estuvimos pisoteados por la dictadura, nadie alzó su voz para defendernos. Y ahora que estamos implantando la justicia necesaria, los representantes de un país y hasta los organismos internacionales hablan de masacre y de barbarie en Cuba.

Sobre una idea expresada antes por Rangel:

—Son los mismos que cubrieron de medallas los pechos de Batista y Pérez Jiménez. Necesitábamos un respaldo moral y Venezuela nos lo ha dado. Ahora es indispensable que a los países democráticos les representen en la OEA hombres que denuncien las dictaduras. Allí están todavía los tristes casos de Santo Domingo, de Nicaragua y de Paraguay. Ojalá que ellos no necesiten siquiera llegar hasta el próximo mes de enero, porque hasta en esto nos parecemos Cuba y Venezuela... Los pueblos de América necesitamos unirnos para arrinconar a los tiranos y si en la Organización de Estados Americanos no nos hacen caso, pues vamos a retirarnos de la OEA.

Otra vez la batalla contra el reloj. En la Ciudad Universitaria esperan por Fidel. El líder prolonga su discurso por otro cuarto de hora. En realidad, ya nada más hay que decir. Lo que expresa el rebelde cubano es una continuación de lo dicho por el diputado venezolano. Son las dos piezas de un mismo discurso, como si Bolívar y Martí se dieran un abrazo.

Enseguida, en la huella de la extraordinaria ovación, Fidel encamina sus pasos hacia la Ciudad Universitaria. En el dintel del Aula Magna le recibe el rector Francisco de Venanzi. El anfiteatro es una vibración de júbilo. Para los estudiantes, el héroe es uno de los suyos. Aplauden, gritan, golpean rítmicamente el piso, agitan pañuelos blancos. Es un hermoso desorden.

—¡Esto me recuerda las asambleas en la plaza Cadenas! —se regocija Fidel.

Es como si regresara a sus días universitarios, tan próximos y tan distantes. Sonríe y de la frente desaparecen los pliegues de preocupación. A pesar de la barba, el semblante se le torna juvenil. Por un instante está de retorno al mitin del campana de La Demajagua, a las campañas contra K-Listo Kilowatt, a las pedreas contra las perseguidoras del teniente Rafael Salas Cañizares.

El rector De Venanzi anuncia que el próximo lunes se instalará el Comité por la Liberación de Santo Domingo y ofrece que cada alumno —y son diez mil— colectará 100 bolívares como primeros fondos para la lucha contra Trujillo. Fidel es el primer contribu-

## UNA TAREA DEMASIADO SERIA Y GRAVE

CON el retorno ansiado a la libertad de expresión, el espíritu nacional —en el que jamás ha faltado la vena humorística—, retorna por sus fueros. Los comentaristas más agudos y sagaces, los forjadores de libretos maliciosos, los parodistas más satíricos y populares, afilan sus creyones, sus frases y sus ademanes y se adentran en la selva heterogénea de la actualidad cubana, tan llena de proyectos, discursos, quejas, propósitos renovadores y actitudes personales. Acostumbrados al incitante deporte de la caricatura psicológica y el comentario chispeante, que tan difíciles, y a veces imposibles, les hizo la dictadura, y que ahora vuelven a ser fáciles bajo el régimen más tolerante y liberal de la tierra, los libretistas del patio se desquitan de su prolongado receso, les renacen las plumas del ala, cortadas por una censura implacable, y picotean donde pueden. A veces pican demasiado.

“¿Qué pasa cuando usted se pasa?” reza un anuncio muy popular. En momentos como los que vive Cuba, apenas emergida de un terrible martirio colectivo que duró siete años; cuando aún se están desenterrando cadáveres y las lágrimas de las madres, las hijas y las novias no se han secado todavía; cuando el inveterado y tantas veces frustrado propósito de edificar una nueva Cuba agita las conciencias, impulsa el propósito de los gobernantes y se encara a ingentes dificultades —porque es todo el pasado indigno, afrentoso y antipopular el que hay que vencer ahora, o no se haría nunca—, la sátira y el clásico “choteo” pueden pasarse del límite. No hay duda que los gobernantes de hoy gozan del crédito más amplio y alto concedido jamás por un pueblo a sus regentes; pero no hay duda también que la tarea que tienen ante sí es demasiado seria, demasiado grave, y que la burla fácil, durante muchos años escape inexorable del cubano a una realidad que lo asfixiaba, no es oportuna en los presentes momentos. Nadie con sano juicio y buena intención arrojaría un chiste irónico al labrador en el momento de empuñar el arado para abrir un surco en tierra difícil, sembrada de piedras y de obstáculos. Y los comentaristas chispeantes o los parodistas insaciables harían mal en tomar a la ligera los actos y las figuras de los líderes revolucionarios, que atravesaron heroicamente un viacrucis de sangre y muerte para crear una patria mejor. Esos hombres necesitan ayuda, puesto que les faltan muchas cosas y tienen lo más preciado: la honesta intención de salvar al país de sus males peores. Les faltan planes, coordinación, equipos, concentración de propósitos; luchan arduamente, fatigosamente, contra la tradicional indisciplina, frivolidad, personalismo y limitación de espíritu sembrados en Cuba por 400 años de desgobierno. BOHEMIA cree sinceramente, sin olvidar todo su respeto invariable a la libertad de expresión, que no se les debe brindar chistes, sino sugerencias constructivas y vigilante apoyo.

yente y le sigue el contralmirante Llerrazábal. Hay un mensaje de esperanza para la triste tierra quisqueyana.

De pie reciben los estudiantes a otro visitante ilustre de Caracas. Es el poeta chileno Pablo Neruda. El autor de “Residencia en la Tierra” y “Veinte Poemas de Amor”, va a leer su poema “Un Canto para Bolívar”. Antes, dice unas palabras.

—En esta hora dolorosa y victoriosa que viven los pueblos de América, mi poema, con cambios de lugar, puede entenderse dirigido a Fidel Castro, porque en las luchas por la libertad cada vez surge el destino de un hombre para dar confianza al espíritu de grandeza en la historia de nuestros pueblos.

Del verso brota la imagen luminosa del caraqueño inmortal, el soldado de las grandes victorias y el visionario que padeció en un horizonte de sueños. La sombra de Bolívar parece presidir el admirable renacer con que América se apresta a descabezar las últimas ti-

ranías. Cuando Neruda concluye se dirige a la mesa presidencial. Saluda a Fidel:

—Si algún día se escribe la biografía de este poeta, se le oye expresar, quiero que se diga que una vez vio, habló y estrechó la mano del genuino libertador de Cuba.

El caudillo de la Sierra Maestra ocupa la tribuna. La gorra militar ha sido sustituida por la boina estudiantil, que le ofrece una muchacha del Orfeón. No muestra signos de fatiga. El contacto con la bulliciosa juventud actúa como un estimulante.

—Compañeros universitarios... compañeros universitarios...

No le permiten comenzar. El Rector, los profesores hacen gestos de súplica, mientras FC mueve la cabeza sonriendo. Muchas veces se rompió la garganta en las turbulentas asambleas de la FEU.

—Compañeros universitarios, los quiero llamar compañeros porque realmente me siento todavía universitario. Ningún sitio de Venezuela me ha sido más familiar que

la Universidad. Yo, que he sido estudiante, en ningún sitio me podía encontrar mejor que reunido con ustedes...

Cada discurso del líder cubano representa una tesis nueva, una idea original, un plan de ancha dimensión. Está explicando la génesis y orientación de la revolución. Añade que se impone la creación de una agencia informativa al servicio de la democracia, para que defienda a los pueblos americanos en su lucha por la democracia y sirva de contrapeso a las campañas confusionistas empeñadas en desfigurar la verdad.

Pasan los minutos y Fidel continúa hablando, describiendo el ambiente triste de la Universidad de Santo Domingo, tan diferente al clima alegre del Alma Mater venezolana. Pasa una hora y el infatigable combatiente aborda temas nuevos. Luis Orlando Rodríguez, preocupado, le hace llegar una nota: “la Junta de Gobierno está esperando”.

FC pasa la vista sobre el papel y consulta el reloj. Cambia una mirada con el Ministro de Gobernación y esboza un gesto de impotencia. Mueve la mano en una promesa tranquilizadora. Todavía consume otros treinta minutos. Ha hablado durante dos horas.

Cuando abandona la tribuna, en medio de otra ovación de apoteosis, le abordan las alumnas esgrimiendo sus cuadernos. La reclaman una frase, un pensamiento, una firma. El Rector quiere protegerlo.

—Por favor... por favor, el doctor Castro tiene que marcharse. Le están esperando en el Palacio de Miraflores.

—¡Las iniciales nada más, Fidel! Y FC:

—Señor Rector, vamos a iniciar una campaña contra los autógrafos...

De la Ciudad Universitaria a la residencia del Gobierno. De la residencia del Gobierno a la sede de Cuba. El embajador Francisco Pívidal, celoso de la severidad diplomática, ha confeccionado meticulosamente el programa de la recepción en honor de Fidel. Por supuesto, apenas el Caudillo y sus barbudos penetran en la mansión de Cuba se ignoran todas las normas protocolares. Fidel desaparece y lo localizan en la cocina comiendo.

En la azotea se improvisa una conferencia de prensa. Más de cincuenta periodistas de todas las nacionalidades le rodean y preguntan. La curiosidad reporteril es insaciable y el Comandante en Jefe se pliega al interrogatorio. De sus manifestaciones emerge una noticia de excepcional interés para el general Cantillo.

—No es un criminal de guerra, aclara. Si yo fuera jurado, no lo fusilaría.

Como de costumbre, sale a relucir el fantasma del comunismo.

—Nosotros somos nacionalistas, replica Fidel. Primero analizamos y procuramos resolver los intereses nacionales frente a los intereses extranjeros...

El domingo 25, el trajinado huésped de Venezuela se refugia en el Hotel Humboldt, en la cima del majestuoso cerro de El Ávila. Desde lo alto se divisa el blanco panorama de Caracas y sus colinas circundantes, y del otro, el mar. El viaje se realiza a bordo del único medio de transporte: un teleférico. La topografía, en mucha mayor escala, copia la Sierra Maestra. Recordando a pie las montañas, Fidel volvió a sentirse como en su casa.

—Es el primer momento de des-



canso que tengo, comentó mientras iniciaba el ascenso de una cuesta.

### Tras la puerta de cristal

Son las nueve y media de la noche en Caracas. A la residencia del presidente electo de Venezuela, Rómulo Betancourt, en Baruta, llega a esa hora la representación más genuina de la Cuba liberada: Fidel Castro y un grupo de sus combatientes.

El encuentro tiene desde el comienzo fraterna emotividad y luz de horizontes. Venezuela ha recibido como hijo al líder de la democracia cubana: el pueblo, la Universidad, la política honesta, la intelectualidad vertical y americana lo hacen sentirse como en el hogar de todos.

En el diálogo preliminar, ya sentados ambos conductores de pueblos, estallan los *flasches*. Fidel tiene una salida típicamente cubana:

—¿Quién les dio el "chivatazo" a los periodistas?

Luego, en su modo directo, cambiando la sonrisa en penetrante seriedad, se dirige a Rómulo:

—Lo más importante que tenía que hacer era hablar con usted.

Los soldados de la noticia se mantienen distantes. El visitante, al que no se le escapa nada, lo hace notar:

—Veo, señor Presidente, que los periodistas lo respetan mucho. De no ser por su presencia, ya me habrían rodeado lápiz en mano...

Basta la observación para que los aludidos se animen y se acerquen. Les dice maliciosamente:

—Me pienso ir mañana. Sólo me queda visitar a una persona en un lugar; pero no les voy a decir quién...

(Se refiere al contralmirante Larrzábal.) A continuación, en uno de sus giros imprevistos:

—¿Es verdad que se asilaron algunos dominicanos en la Embajada de Venezuela, en Santo Domingo?

No está confirmado. Se alude a los aviones de retropropulsión adquiridos por Trujillo. Fidel exclama, abriendo los brazos:

—Eso no le sirve de nada. A "Chapita" se le están poniendo las cosas feas. Ya comenzó a comprar aviones...

Alguien pregunta sobre los venezolanos asilados en Cuba. Respuesta rápida del líder cubano:

—Todo lo que huele a pérezjime-nistas se lo mandamos a ustedes de inmediato, si lo solicitan. Allí tenemos preso a un esbirro de Pedro Estrada y que colaboró con Ventura, según parece. Si se lo comprobamos, lo juzgaremos, por ustedes y por nosotros...

Minutos después, se aislan ambos dirigentes en la terraza para su reservado diálogo, en compañía del embajador Pividal. A través de la puerta de cristal se les divisa desde el pasillo, en concentrado diálogo: el mandatario venezolano, breve y sobrio, apurando reflexivo su pipa célebre; el líder revolucionario cubano, ancho y expansivo, puntualizando cada frase con el índice.

Ambos tienen mucho en común, salvo la edad: no hay diferencia en el ideal que los ha conducido, venciendo cárceles, destierros y combates sin cuento, al abrazo victorioso con sus respectivos pueblos. Rómulo es el estadista, el hombre con la doble experiencia de la revolución y el gobierno; Fidel es el capitán invencible de una insurgencia popular, con mucho futuro por delante. Conociéndolos, es fá-

cil adivinar los temas de su conversación: la preservación de la democracia renacida en Cuba y Venezuela; la comunidad de destino en la América de Bolívar y Martí.

La transparencia del cristal era un símbolo de la nueva política.

Dos horas y diez minutos después concluye la laboriosa entrevista. Los cazanoticias tienen acceso de nuevo a la persona de los dos líderes.

—¿Cambiarán impresiones sobre el Caribe? —indaga geopolíticamente uno de ellos.

—Bueno. América tiene muchos mares, responde Rómulo, con sonrisa llena de sugerencias.

Fidel anuncia una misión diplomática cubana, presidida por el ex canciller Roberto Agramonte —"Viejo amigo mío, intercala el Presidente electo"—, la cual estaría encargada de ventilar las relaciones entre Cuba y Venezuela.

—Mi visita —precisa el cubano—, no conlleva gestión diplomática ni oficial. Creí de elemental cortesía saludar al doctor Rómulo Betancourt, a quien quería conocer, porque he leído varias obras suyas y tengo abundantes referencias sobre él.

Receloso:

No sea cosa que vayan a pensar que ando en gestiones con los presidentes de América y metan miedo con eso...

A continuación, graban sendos mensajes:

—He escuchado, diio RB, con enorme interés el relato heroico de la gesta desarrollada en las montañas de Cuba contra la dictadura. Hablar con los cubanos es casi lo mismo que hablar con gentes de nuestro propio pueblo.

Hace alusión a su prolongado exilio en la Isla y a su penetración en la BOHEMIA, "gran tribuna democrática de América", cuya labor en favor de la causa venezolana ha sido inapreciable y sin tregua.

—Martí diio que "somos uno y lo mismo", y esa frase mantiene intacta su vigencia, afirma con honda convicción.

Fidal agradece el apoyo moral dado por el pueblo venezolano a la revolución cubana y dice que él y Rómulo han cambiado impresiones "sobre las experiencias de ambos pueblos". Lo estrictamente diplomático no es de su incumbencia.

La última expresión es del Presidente electo y cierra justamente la entrevista:

—Las naciones americanas deben ayudarse mutuamente y establecer una internacional de la libertad, así como las tiranías organizaron la suya en un pasado, felizmente vencido.

A la una de la madrugada del martes 27, Fidel está en el aeropuerto de Maiquetía preparándose para el regreso. Está cansado, pero feliz. La visita a Caracas representa una gran victoria moral para la causa de Cuba. Bromea con los miembros de su escolta. Estrecha manos amigos.

Por la pista se acerca rodando suavemente un Douglas C-4 de Aerovías Q. El comandante "Paco" Cabrera está de espaldas, a unos pasos del comandante en jefe. Se escucha un grito de alarma:

—¡Cuidado!

Cabrera se vuelve rápidamente. Y la nave está sobre él. Se encoge en gesto instintivo de defensa y una de las paletas de la hélice

le golpea brutalmente. Cuando se acercan a recogerlo, está muerto. La gorra militar ha rodado por el suelo.

El valeroso oficial oriental, héroe de 30 combates, no acompaña a su jefe y a sus compañeros en el regreso. Su cadáver queda al cuidado de Venezuela para ser transportado posteriormente. En el vuelo de retorno nadie habla.

## PANORAMA

### La Semana

LA magna concentración frente al Palacio Presidencial, el juicio contra Sosa Blanco, el viaje de Fidel a Venezuela y otros acontecimientos de semejante relieve monopolizaron los cintillos de primera plana. La ciudadanía, atraída por tantas noticias extraordinarias, apenas si disponía de tiempo para fijar su atención en otros episodios de más modesta dimensión, que formaban en la convulsa crónica del minuto.

En la madrugada del lunes 19, hubo infrecuente trajín en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Horas antes, a las nueve y media pasado meridiano, había despegado un avión de la Cubana conduciendo a una veintena de las más connotadas figuras de la dictadura, hasta entonces amparadas bajo el pabellón de Chile.

A más de una hora de vuelo de las costas de la Isla, la voz del copiloto anunció el regreso al punto de partida. Según declaró, uno de los motores estaba fallando y se imponía el retorno por razones de seguridad. En el vientre metálico del transporte los batistianos fugitivos cambiaron miradas de pánico. Cuando ya se consideraban a salvo, el inesperado percance les cortaba en seco la ancha sensación de alivio para devolverlos a la inquietud y la incertidumbre.

Al aterrizar la nave, fue presuntamente rodeada por un cordón de miembros de la policía revolucionaria. Uno a uno, en actitud de total desplome físico y moral, descendieron los pasajeros. En la lista de viajeros figuraban Anselmo Alliegro, Fernández Camus, "Santiaguito" Rey, Vicente Cauce, Amadeo López Castro, Rubén Lavastida, Luis Ortega y el "alcalde electo" Guas Inclán, acompañado de su hijo.

El criterio expresado por los comandantes Cienfuegos y Almegeiras sembró el terror entre los prófugos. En opinión de ambos militares, los asilados de la embajada chilena habían perdido su condición de tales tan pronto como el avión traspasó los límites jurisdiccionales de la república.

El embajador Edward Bello no compartía la radical interpretación de los dos combatientes del Gramma.

—O este avión se repara y parten los asilados o de lo contrario deben entregármelos nuevamente para alojarlos en la embajada.

—El avión no puede partir, señor embajador, replicó Camilo.

Y el diplomático:

—Estos hombres están bajo la protección de mi país y su retención traerá graves consecuencias en el orden internacional.

Edward Bello ensayó comunicarse telefónicamente con el canciller Agramonte, mientras Cienfuegos

llamaba al Hilton para informar a Fidel, recluso en sus habitaciones aquejado por una fuerte afición gripal. En su conversación con el jefe rebelde, CC explicó que al alejarse de Cuba los asilados habían perdido su derecho. Como antecedente histórico invocó el caso de Wifredo Fernández en 1933.

El representante de Chile, por su parte, también expuso sus puntos de vista a Fidel:

—Esto no le conviene a la revolución, le advirtió; se lo digo yo que soy un diplomático con treinta años de experiencia.

Entretanto, el equipo batistiano había sido conducido a otro salón bajo fuerte protección, mientras el numeroso público les dedicaba una sonora rechifla matizada con gruesas imprecaciones. Santiago Rey fue el blanco preferido de la repulsa popular. La canosa cabeza, que en tantas ocasiones se irguió llena de altanería frente a las cámaras de TV, se abatió humilde sobre el pecho.

—¿Quién le iba a decir, doctor, —habló un miliciano— que usted iba a caer en poder de los "forajidos" de Fidel Castro?

—Yo lo combati decentemente, balbuceó el otrora poderoso ex ministro de Gobernación.

Y el rebelde, sarcástico:

—¿Decentemente? ¿No trataban de azuzar al pueblo contra nosotros llamándonos asesinos y vendepatrias?

—Déjeme, señor... Yo no he hecho nada.

El jefe del ejército rescató al azorado villareño.

—Los señores disfrutarán de toda clase de garantías mientras se determina cuál es su situación. Pueden contar con las seguridades que nunca tuvimos nosotros mientras peleábamos por la libertad.

Ya más tranquilo, el ex senador lanzó una bizarra amenaza contra su antiguo mayoral.

—Batista me ha embarcado, se expresó con odio. Soy demasiado viejo para retornar a la vida pública de mi país, pero no lo suficiente para descargar el peine de mi pistola y castigar su cobardía.

Bien avanzada la madrugada, desde el Palacio, el canciller Agramonte anunció que el gobierno, respondiendo a la solicitud del cuerpo diplomático había devuelto a los veintidós asilados. La cosa no pasó de un minúsculo susto.

El arresto de criminales de guerra y de chivatos proseguía por todo el territorio nacional. Entre los más connotados figuraban cuatro agentes de la policía nacional, José López Abejón, Erasmo Ricardo Calderón, Manuel Sierra y Julio Camero. A los detenidos se les imputaba la matanza de Humbolt 7, donde fueron asesinados Fructuoso Rodríguez, Carbó Serviú, Machado y José Westbrook.

En Camagüey, un tribunal revolucionario dictó sentencia de muerte por fusilamiento contra el ex sargento Antonio Pubillones, el ex soldado Eulogio Cordero, el ex cabo Prudencio Sosa y otros dos esbirros. En Holguín, Alto Songo y Jiguani, las cortes revolucionarias juzgaron y condenaron una nutrida cohorte de sicarios del marzato.

Uno de los más notorios verdugos de la dictadura, el comandante Bonifacio Haza, cayó frente a los pelotones de ejecución. En su expediente pesaban delitos que iban desde el inocuo maltrato de obras, episodio corriente bajo Batista, hasta los ametrallamientos en masa. En su lista de víctimas apa-



recian Alberto Sambrán y el adolescente de dieciséis años, Fernando Proll Céspedes.

Las ejemplares sanciones liquidaron prácticamente a las odiosas pandillas del masferrato. Lo más selecto, en las mafias del director de "Tiempo", pagó sus crímenes. Otros esperaban su turno en las cárceles de Oriente y unos cuantos trataban de burlar las pesquisas de los soldados y milicianos rebeldes. Empero, los Estados Unidos acogían a Rolando Masferrer con toda la jerarquía correspondiente a un exilado político.

En la relación de fugitivos, entre los que se ausentaron precipitadamente de la Isla al conocerse la caída de la tiranía, aparecía el nombre de Martínez Dalmau, obispo de Cienfuegos. La noticia no sorprendió a nadie. De Su Ilustrísima se sabía que permaneció de espaldas al drama de la Perla del Sur y que al día siguiente del alzamiento naval, cuando se enterraba a los heridos, todavía vivos, en las zanjas abiertas en el cementerio, se trasladó a la capital a recibir de Batista un cheque de dieciséis mil pesos.

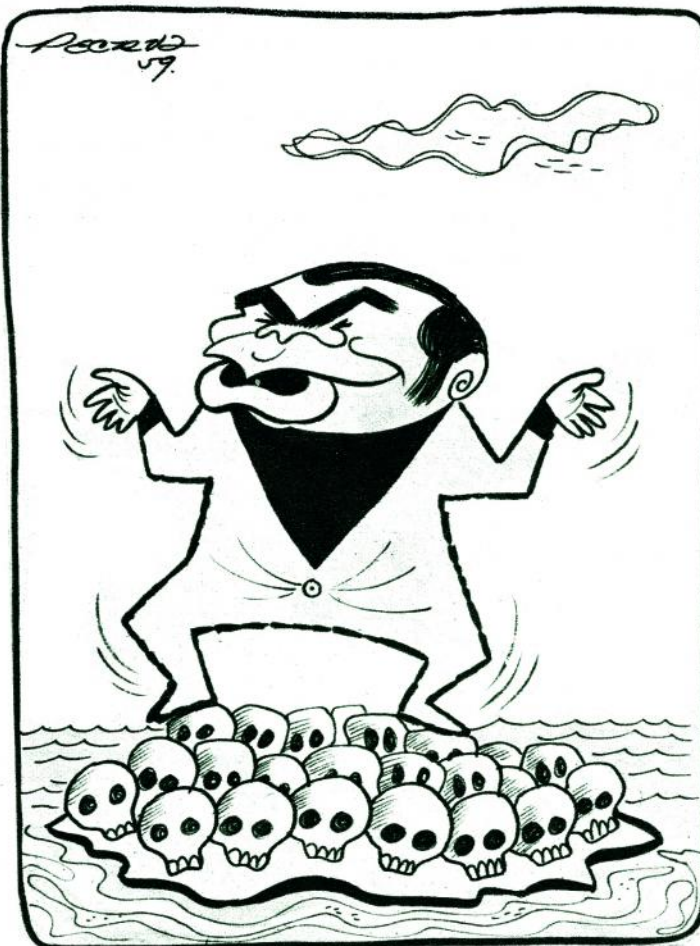
El ministerio de Recuperación de Bienes inició la tarea de abrir las bóvedas privadas de los grandes magnates de la satrapía. Como se esperaba, en la urgencia de la fuga dejaron atrás fabulosas cantidades en efectivo y en valores. Los billetes de a mil aparecían a montones. En un solo día se recuperaron seis millones robados al pueblo. La lista de bandidos de cuello y corbata era tan amplia como la de asesinos de uniforme. El crimen y la rapiña fueron los símbolos del régimen del 10 de marzo.

Las noticias del extranjero exhibieron algunos ángulos gratos. El dictador prófugo gestionó asilo político en Francia. La solicitud provocó un sentimiento de asco y protesta en la patria de Víctor Hugo y el gobierno del general De Gaulle no tuvo otro remedio que rechazar al indeseable huésped. En los Estados Unidos tampoco era persona grata. América le cerraba sus puertas.

Para colmo, el clima de Santo Domingo se le hizo inhóspito. Al parecer, Trujillo contemplaba con indisimulado desprecio a su colega fugitivo y se inclinaba a retirarle su protección. Batista, a diferencia de Perón, era un trasto inútil que ni siquiera le servía como peón en sus manejos e intrigas internacionales. El periódico trujillista "El Caribe" lo calificó de asesino. Batista devenía en un apesadado.

La organización administrativa progresaba a pasos lentos. Algunos ministerios habían normalizado sus funciones. En otras, sus actividades se resentían por el asedio goloso de los veteranos del 2 de enero, los bravos fundadores del M-2-E (Movimiento 2 de enero). Se emprendió la decapitación de las siglas del marzo, los famosos departamentos autónomos, nidos de "botelleros" y aprovechados.

El ambiente de unánime respaldo al gobierno provisional excluía toda motivación polémica. La incipiente polémica en el campo laboral no lucía capaz de derivar en conflicto grave. "Tony" Varona, personero del autenticismo, compareció al programa Conferencia de Prensa del Canal 12, nueva modalidad en los programas de panel que había logrado atraer la atención de los televidentes. El periodista Lisandro Otero le preguntó



"NIEGA FRANCIA ASILO A BATISTA" por PECRUZ.  
(De los periódicos)

—¿Dónde me pongo?... ¿Dónde me pongo?

su opinión sobre las distantes perspectivas electorales.

—Creemos muy temprano para hablar de los comicios, repuso Varona; quizás eso asuste un poco a los miembros del ejército rebelde y a la juventud cubana. Aunque nosotros creemos que uno de los fundamentos de la Revolución fue el regreso a la normalidad institucional y democrática del país y de que no creo que la revolución deba estar en el poder sin el mandato del pueblo más del tiempo necesario para normalizar el país y convocar a elecciones libres y democráticas para que el pueblo se dé los gobernantes que crea...

Abrió un paréntesis:

—A pesar de eso, finalizó, creo necesario previamente la normalidad y el sosiego público para que entonces el gobierno empiece a dar los pasos conducentes a la convocatoria de elecciones, haciendo un censo electoral, convocando a la reorganización de los partidos. Entonces, encausada la vida democrática del país, cada cual ofrecerá sus criterios en cuanto a las transformaciones sociales y económicas que considere más convenientes para el país.

Hubo otros síntomas alentadores. En la Universidad, ya desalojada de tropas rebeldes, volvieron a congregarse los estudiantes para discutir las cuestiones docentes. Se resolvió el conflicto por la presidencia de la FEU y los alumnos, en asamblea libre, debatieron fogosamente sus problemas. No había perseguidoras rondando por San

Lázaro e Infanta ni sonaban las ametralladoras. Cuba reanudaba el ritmo de la cultura.

En la escalinata del Capitolio se celebró el homenaje organizado a la Virgen de la Caridad en acción de gracias por la libertad conquistada y para la consolidación de la paz. Millares de fieles se reunieron para rendir tributo a la Patrona de Cuba. Entre ellos, sobresalían en considerable número, los barbudos de la Sierra. Aquellos combatientes, llenos de fervor religioso, distaban mucho de las estampas truculentas difundidas por los boletines de Boix Cómás y el repugnante programa del esbirro Otto Mermelos. Los "forajidos", de rodillas, rezaban.

—Lo que nos hace falta a todos, dijo el Padre Boza Masvidal, es amor y borrar todo odio y resentimiento para unirnos en un gran lazo de carño.

Y refiriéndose a la justicia revolucionaria:

—Dios también castiga el pecado con justicia eterna y terrible, castigando al pecador muy a pesar suyo, pues Dios quiere la salvación y el bien de los pecadores.

El transporte ferroviario entre Santiago de Cuba y La Habana quedó restablecido. Se repararon los puentes destruidos por la guerra y se rehabilitaron las vías. Por primera vez, los viajeros pudieron trasladarse sin peligros. El servicio de carga, inmediatamente, comenzó la tarea de abastecer la región oriental, tantos meses aislada del resto del país.

La prensa recogió un singular caso de desfachatez. Un antiguo colaborador de Ventura y Masferrer, Heriberto Hernández Esponda, fue localizado nada menos que vistiendo el uniforme olivo del ejército rebelde con grado de teniente y prestando servicios como chofer del presidente Urrutia. El desaprensivo sujeto fue remitido a las prisiones militares de la Cabaña. Era uno de los tantos "revolucionarios" del M-2-E.

El magazine "Time", en su edición del día 26, volcó una apreciable dosis de veneno al enjuiciar la revolución cubana. La revista, maestra en la insidia, se recreó en la descripción de los castigos aplicados a los "partidarios" de Batista. Sobre cada uno de los elogios, dejó flotar, aviesamente, la sombra de una duda. Evidentemente, la causa de Cuba no contaba con las bendiciones del consorcio periodístico de Mr. De Luce.

Un tribunal revolucionario sentenció a la pena capital al ex capitán Pedro Morejón. En el acto del juicio, ventilado en la sala de justicia del Tribunal Superior de Guerra, en la calzada de Columbia, se probó que el sádico esbirro había asolado la zona de Guisa y de Bayamo dejando un pavoroso saldo de crímenes y saqueos.

El panorama de la semana cedía en tensión. La "Operación Verdad" provocó un apreciable reflujo en la campaña difamatoria que tanto encendió el resentimiento de los cubanos. El pueblo, de retorno al sosiego, empezaba a interesarse por las pequeñas cosas de la vida cotidiana, ajenas a la revolución y a la política. Los cines hacían buenas entradas. En algunos hogares se volvía a sintonizar la pelota.

## EL PUEBLO

"La victoria más hermosa"

—¡A PALACIO!

El grito llenó la ciudad, inundó la provincia, se extendió a los más distantes parajes de la Isla. No hubo lugar a organización y propaganda. Todo se realizó bajo el signo de una espléndida y maravillosa indisciplina, sin comisiones, sin líderes, sin itinerarios. Cada quién respondió a la cita como quiso o como pudo.

Era, sencillamente, el pueblo que defendía su revolución y su derecho. El acto, pues, no podía guardar semejanza con los grandes desfiles de corte nazi o comunista, en los que las multitudes se movían como autómatas y los aplausos se regulaban cuidadosamente, siguiendo una pauta de entusiasmo prefabricado.

Y, sin embargo, nunca en convocatorias semejantes se guardó mayor orden y respeto. En una ciudad sin policías, no se registró un solo incidente, ni siquiera las menudas trifulcas que siempre tipificaban tales eventos. Se impuso un ancho y cordial espíritu de recíproca tolerancia.

La afluencia hacia la capital empezó desde la noche del martes 20. Grupos de jóvenes impacientes, en un arranque de emulación, partieron a pie desde lugares lejanos como Matanzas, Artemisa, Guanajay, etc. Se trataba de una demostración de coraje cívico. A su paso, en horas de la noche y la madrugada, iban despertando al vecindario.

Los capitanes de la gesta li-